

Cromacio de Aquileya

TRATADOS

TRATADO 4

LOS MAGOS Y EL SIGNO DE LA ESTRELLA

1. A continuación dice el evangelista: *Cuando nació Jesús en Belén de Judá, [en tiempo del rey Herodes, unos magos que venían de Oriente se presentaron en Jerusalén, diciendo: «¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos? Pues vimos su estrella en el Oriente] y venimos a adorarlo»*¹. Ya predijo Isaías que esto iba a pasar, cuando dice: *Vendrán de Saba para ofrecer al rey oro, incienso y piedras preciosas, y anunciarán la salvación del Señor*²; se refiere a Cristo, el Señor; éste de quien los magos anunciaron, después de ver la señal de la estrella, que había nacido como rey de los judíos. Pues todo lo nuevo y lo que supera la capacidad humana de admiración se da cita en el nacimiento del Señor: el ángel habla en el templo a Zacarías; promete a Isabel que tendrá un hijo; el sacerdote enmudece por no creer al ángel; la estéril concibe; la virgen da a luz; Juan exulta por obra del Espíritu en el seno de su madre; el ángel anuncia que Cristo el Señor ha nacido y se predica a los pastores que él es la salvación del mundo; se alegran los ángeles; exultan los pastores³.

Surge en el cielo y en la tierra la gran alegría de este nacimiento admirable. Se muestra a los magos un nuevo signo, la estrella del cielo, por el cual se reconoce que ha nacido como rey de los judíos el Señor de cielo y tierra, aquel de quien estaba escrito: *Saldrá una estrella de Jacob y surgirá un hombre de Israel*⁴, para que se conociera, a través de los signos de la estrella y del hombre, la unión de la naturaleza divina y humana en el Hijo de Dios. Por eso también en el Apocalipsis el mismo Señor declara acerca de sí mismo: *Yo soy la raíz de Jesé y el descendiente de David y la estrella resplandeciente de la mañana*⁵; porque por el amanecer de su nacimiento, expulsada la noche de la ignorancia, brilló como astro fulgurante para la salvación del mundo. El esplendor de esta luz, penetrando incluso los corazones de los magos, los inundó con luz espiritual para que conocieran por el signo de la nueva estrella naciente al rey de los judíos, al creador del cielo. Pues los magos, personajes prominentes de una religión falsa, no podían conocer a Cristo nuestro Señor sino iluminados con la gracia de la condescendencia divina⁶.

De nuevo, pues, se desbordó la misericordia de Dios por medio de la venida de Cristo, para que el conocimiento de su verdad se extendiera a todas las razas de los hombres. Ésta brilló ante los magos a fin de que se conociera la piedad manifiesta de Dios, y nadie deseperara de que, si cree, se le puede conceder la salvación, porque ya ha visto que ha sido concedida a los magos. Y por eso fueron los magos los primeros elegidos entre los gentiles para la salvación, para que a través de ellos se abriera la puerta de la salvación a todos los gentiles.

Pero tal vez se admire alguno pensando cómo los magos pudieron conocer por el signo de la estrella el nacimiento del Salvador. En primer lugar decimos que éste fue un don de la condescendencia divina. Además leemos en los libros de Moisés que hubo un cierto Balaam profeta de los gentiles, que profetizó la venida de Cristo y su encarnación de una virgen con palabras que no ofrecen duda. En efecto, como ya mencionamos más arriba, dice entre otras cosas en las palabras de su profecía: *Nacerá una estrella de Jacob y surgirá un hombre de Israel*⁷. Y se cuenta de estos magos que vieron una estrella nueva en el oriente, que provienen del linaje de aquel Balaam profeta de los gentiles que había dicho: *Nacerá una estrella de Jacob y surgirá un hombre de Israel*. Y por eso, una vez visto el signo nuevo de la estrella, creyeron, porque habían comprendido que se cumplía la profecía de su antepasado, mostrando así que no sólo eran sucesores de su linaje, sino también herederos de su fe. El profeta Balaam vio en espíritu la estrella de los magos, ellos la vieron con los ojos y creyeron. Aquél predicó por su profecía que Cristo iba a venir, éstos conocieron con la mirada de la fe que había venido⁸.

2. Inmediatamente después llegaron hasta Herodes diciendo: *¿Dónde está el que ha nacido [Rey de los judíos? Pues vimos su estrella en el Oriente y venimos] a adorarlo*⁹. Preguntaron por el rey de los judíos, el recién nacido Cristo Señor, a aquéllos de cuyo linaje sabían que había profetizado esto Balaam. Pero esta fe de los magos es la condenación de los judíos. Aquéllos creyeron a su único profeta, éstos no quisieron creer a tantos profetas. Aquéllos entendieron que por la llegada de Cristo iban a acabarse las artes de la magia, éstos no quisieron entender los misterios de la

ley divina. Aquéllos confiesan al extraño, éstos no reconocen al propio. *Vino a los suyos y los suyos no lo recibieron*¹⁰. Y está claro que todos veían aquella estrella, pero no todos la comprendían. Como también el Señor y Salvador nuestro nació sin duda para todos, uno solo nació por todos, pero no fue recibido por todos, no fue comprendido por todos. Fue comprendido por los gentiles, no fue comprendido por los judíos. Fue reconocido por la Iglesia, no fue reconocido por la Sinagoga.

3. Por tanto, cuando los magos, después de la gloriosa fatiga de aquel largo viaje, llegaron a Jerusalén preguntando por el rey de los judíos, al punto el rey Herodes y toda Jerusalén, conturbados por la devota fe de los magos, congregan a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas del pueblo y les preguntan dónde tenía que nacer el Cristo. Respondieron: *en Belén de Judá*¹¹, según la predicación del profeta. Así estaba escrito en efecto: *Y tú Belén de Judá no eres la más pequeña entre las principales ciudades de Judá: De ti en efecto saldrá un príncipe que regirá a mi pueblo Israel*¹². Sin embargo, Herodes y los habitantes de Jerusalén despreciaron a Cristo Señor nuestro; y no por ignorancia, sino a ciencia cierta. Pues preguntan por el testimonio del profeta y se enteran de que en Belén había de nacer el Cristo. Y este lugar de Belén, donde el Señor nació, había recibido su nombre proféticamente. Belén, en efecto, significa en hebreo «casa del pan»¹³, porque allí tenía que nacer el Hijo de Dios, que es el pan de la vida, según Él mismo dice en el Evangelio: *Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo*¹⁴. Éste es el lugar del que se dice en otro sitio por medio del

profeta: *El Señor vendrá del Líbano y el santo de aquel monte umbrío y frondoso*¹⁵. Con estas palabras se designa la situación placentera del mismo lugar.

Concuerta además este dicho del profeta con lo de más arriba, donde se declara que en Belén iba a nacer el Señor. Aquí se dice: *El Señor vendrá del Líbano*; allí, después de: *Y de ti saldrá un príncipe que regirá a mi pueblo Israel*, se añade: *Y su partida será al inicio de los días*¹⁶. No para que de ello se infiera, como hace Fotino¹⁷, que el Señor tiene un inicio porque ha nacido de una virgen; ya que no sólo se muestra que ha existido *desde el inicio de los días* sino que se enseña con toda claridad que es *el Señor* aquel que nació en Belén.

4. Finalmente narra el evangelista: *Entonces Herodes convocó a los magos [y por sus datos precisó el tiempo de aparición de la estrella. Después, enviándolos a Belén, les dijo: «Id e indagad cuidadosamente sobre ese niño; y cuando le encontréis, comunicádmelo, para ir también yo a adorarle». Ellos, después de oír al rey, se pusieron en camino, y he aquí que la estrella que habían visto en el Oriente iba delante de ellos, hasta que llegó] y la estrella se detuvo sobre el niño*¹⁸. Por tanto Herodes, rey inicuo, temiendo por su reino, que mantenía injustamente, tramó asechanzas contra

el rey eterno. Este Herodes, en efecto, no era de la tribu de Judá ni de la descendencia de Israel sino que había ocupado tiránicamente el reino de los judíos por usurpación, ayudándole el favor de los romanos, y por eso acechaba el nacimiento del Señor, del que conocía por los magos que había nacido rey de los judíos. Averigua por tanto de ellos el tiempo en que vieron la estrella, los envía a Belén, como si él mismo deseara adorarlo. Simuló solicitud para buscar el engaño. Porque no pretendía adorar al Señor, sino matarlo.

Entretanto los magos llegan al lugar conducidos por la estrella y conocen al creador del cielo que el signo celeste les muestra. No buscaron la guía de un hombre, porque habían recibido del cielo la guía de la estrella. Pero tampoco podían errar porque buscaban el camino verdadero: Cristo Señor, aquél que dice: *Yo soy el camino, y la verdad y la vida*¹⁹. Ante el estupor jamás visto de la creación, traza la estrella un camino en el cielo y durante todo el viaje no abandona a sus compañeros los magos y llegan hasta Belén siguiendo una misma ruta; y allí la estrella indicadora se detiene sobre el Señor y Salvador nuestro,

TRATADO 5

LOS REGALOS DE LOS MAGOS Y SU REGRESO

1. Cuenta luego el evangelista: *Y he aquí que la estrella que habían visto en el oriente [se detuvo encima del lugar donde estaba el niño. Al ver la estrella se llenaron de inmensa alegría. Entraron en la casa; vieron al niño con María su madre y, postrándose, le adoraron; abrieron luego sus cofres y le ofrecieron dones de] oro, incienso y mirra*¹. Veamos ahora, después del servicio prestado por la estrella, después del camino que hicieron los magos, cuánta dignidad de gloria sigue al que ha nacido rey. Pues de inmediato los magos, postrándose, adoran al Señor que ha nacido; y en su misma cuna, ofreciéndole dones, veneran al niño que, sin poder hablar, pronuncia sólo vagidos. Una cosa contemplan con los ojos del cuerpo, otra con la vista del espíritu. Se percibe la humildad del cuerpo asumido, pero no queda oculta la gloria de la divinidad. Un niño es a quien se ve, pero es Dios el adorado. ¡Qué misterio inefable de condescendencia divina! Aquella naturaleza invisible y eterna no ha desdeñado aceptar por nosotros las debilidades de nuestra carne. El Hijo de Dios, que es Dios del universo, nace hombre en un cuerpo. Sufre que lo coloquen en un pesebre Aquel que con-

tiene los cielos. Cabe en una cuna Aquel a quien el mundo no abarca. Y se escucha en los vagidos de un bebé a Aquel ante cuya voz, en el momento de la pasión, temió el mundo entero. Por tanto reconocen los magos, al ver al niño, a este mismo Señor de la gloria y Dios de la majestad, al niño que también Isaías muestra como Dios y rey eterno cuando dice: *Porque un niño os ha nacido, se os ha dado un salvador, a quien se ha puesto el mando sobre los hombros*².

A éste, pues, ofrecen dones los magos: oro, incienso y mirra, según lo que el Espíritu Santo había testimoniado antes por el profeta diciendo de ellos: *Vendrán de Saba y ofrecerán oro, incienso y piedras preciosas y anunciarán la salvación del Señor*³. Reconocemos claramente que los magos cumplieron esta profecía, pues no sólo anunciaron la salvación del Señor, que había nacido Cristo e Hijo de Dios, sino que también confesaron, por los dones que ofrecieron, que Cristo era Dios, rey y hombre. Pues en el oro mostraron la potestad del reino, en el incienso el honor de Dios, en la mirra la sepultura del cuerpo. Y por tanto le ofrecieron oro como a rey, incienso como a Dios y mirra como a hombre⁴.

También David había dado testimonio de estos dones: *Los reyes de Tarsis y de las islas te ofrecerán presentes, los reyes de Arabia y Saba te traerán regalos*⁵; y para mostrar mejor a quién debían ser dados estos dones, añade en este mismo salmo: *Y se le dará a él el oro de Arabia*⁶. Tampoco calló el mismo David acerca de la mirra en otro salmo, cuando dice: *Mirra, áloe y acacia en tus vestidos*⁷. También Salomón, hablando de la persona de Cristo, mencionó esta

mirra: *He recogido mi mirra con mis perfumes*⁸, y otra vez: *Dio un olor suave como la mirra*⁹. Con esto sin duda se declara abiertamente la sepultura de su cuerpo, que inundó todo el orbe de un olor divino muy suave. Por último se ve que el mismo David se refiere a estos magos cuando dice: *Vendrán emisarios de Egipto y Etiopía extenderá sus manos*¹⁰. Pues como la Escritura divina llama a menudo a este mundo Egipto, rectamente vemos en aquellos magos a los emisarios de Egipto, quienes, como legados elegidos de todo el mundo, consagraron en los dones que ofrecieron la adhesión a la fe de todos los gentiles y los comienzos de la fe.

2. Una vez ofrecidos estos presentes se avisa a los magos *para que no vuelvan a donde el rey Herodes. Y así*, dice el evangelista, *se volvieron a su tierra por otro camino*¹¹. Nos dejaron así ejemplo de modestia y de fe para que, una vez conocido y adorado Cristo rey, abandonemos el camino del primer itinerario, es decir del antiguo error, y avanzando por otro camino en el que nuestro guía es Cristo, volvamos a nuestra tierra: al paraíso, de donde Adán fue expulsado¹². De esta tierra se dice en un salmo: *Agradaré al Señor en la tierra de los vivos*¹³.

Advertidos, pues, los magos se vuelven por otra vía, frustrando la crueldad del tirano. Y así, gracias a los magos, no sólo se reconoce que ha nacido un niño rey sino que también se vence la artimaña del tirano Herodes. Ya Isaías había predicho que el Señor y Salvador nuestro, siendo un niño pequeño, en el mismo inicio de su nacimiento corporal, iba a obtener este triunfo, cuando dijo: *Porque antes que*

*sepa el niño llamar a su padre y a su madre, recibirá la fuerza de Damasco y el botín de Samaría contra el rey de los asirios*¹⁴. La fuerza de Damasco que el Hijo de Dios recibe después de nacer como niño se entiende que es el oro, que le fue ofrecido por los magos. Y el botín de Samaría los mismos magos, a quienes arrancó del error de la superstición de Samaría, es decir del culto a los ídolos. Pues aunque eran antes botín del diablo por su falsa religión, después se hicieron botín de Dios por el conocimiento de Cristo. El rey de los asirios, por su parte, hace referencia a Herodes, y también ciertamente al diablo, contra quien los mismos magos surgieron como adversarios adorando al Hijo de Dios,